

Desafíos de la problemática racial en Cuba

Esteban Morales Domínguez

Profesor. Universidad de La Habana.

Los textos contemporáneos sobre la temática racial en el país son muy pocos y se encuentran fundamentalmente en revistas; entre ellas se destacan *Temas* y *Catauro*.¹ En el exterior ha habido más publicaciones que abordan, de manera actualizada, el tema. Aline Helg, Alejandro de la Fuente y Carlos Moore resaltan por sus voluminosas investigaciones. Pero ninguno de ellos comparte con nosotros, en Cuba, las vicisitudes de la vida cotidiana, y esto se pone de manifiesto en sus textos, aunque se trata de aportes apreciables, amén de que podamos o no compartir algunas de sus tesis.

Tal realidad nos dice que, además de las dificultades que atraviesa el tema dentro de la sociedad cubana actual —asunto que abordaremos más adelante—, en la práctica les hemos cedido el tratamiento de un problema de vital importancia en la vida del país, con el consiguiente peligro de —a contragolpe— vernos obligados a esclarecer asuntos sobre los cuales aún no hemos logrado forjarnos un discurso científico propio. Entonces, tratar de elaborar una visión particular, desde la Isla, sobre el problema racial en la sociedad cubana de estos complejos días constituye un primer objetivo.

Ese objetivo se sintetiza en el interés por evidenciar la existencia de ese problema dentro de la actual realidad cubana; esclarecer que no se trata de simples lastres heredados, sino de algo que nuestra sociedad es aún capaz de reproducir; y llamar la atención sobre el peligro de que el racismo y la discriminación vuelvan a instalarse como parte de la macroconciencia social de hoy. Los problemas fundamentales con que tropieza el tema racial son tanto su desconocimiento como el soslayamiento de que es objeto continuamente, así como la insuficiente elaboración propia sobre el tema. Se trata de un asunto sobre el cual muchas personas consideran que no vale la pena hablar.

La intención de elaborar un modelo para el estudio e investigación del tema —lo cual pretende llenar la necesidad de teorización sobre él— y la amplitud y forma con que se exploran muchos fenómenos de la actualidad, la he desarrollado en *Desafíos de la problemática racial en Cuba*,² del cual este artículo es un resumen. En realidad, para ninguno de los dos casos, se han encontrado antecedentes suficientes dignos de mencionar, salvo en algunos de los trabajos investigativos del Centro de Antropología del CITMA,

que permanecen inéditos.³ En su inmensa mayoría, son resultados de investigación muy encomiables, que han caído en el torbellino de la burocracia, la ignorancia y el temor de hacer públicos sus resultados.⁴

Al parecer, el racismo y la discriminación habían desaparecido de la sociedad cubana. Al menos, no pocos lo creyeron. Pero la crisis económica de finales de los años 80 y principios de los 90, con fuertes atisbos de crisis social, lo hizo reemerger, con la virulencia propia de un problema que, dado como resuelto, realmente no lo estaba. Fue un verdadero idealismo, del peor tipo, imaginarlo.

Ese fenómeno de reproducción del racismo y la discriminación racial, desplazados de los marcos institucionales del Estado y el gobierno a partir del triunfo de la Revolución en 1959, se mantuvo instalado en la familia, la subjetividad individual y algunas instituciones, y amenaza hoy con reinstalarse en la macroconciencia de la sociedad cubana. Y eso, por medio de mecanismos que inoculan el prejuicio y los estereotipos raciales negativos, tanto dentro de la población, como en la dinámica de las relaciones entre la institucionalidad formal y las redes informales de poder.⁵

Por ello, es preciso alertar sobre ese fenómeno: cuáles son sus mecanismos de reproducción y cómo contribuir a diseñar instrumentos que permitan combatirlo. En ese sentido, parto de un grupo de premisas.

El racismo fue engendrado por la esclavitud. En América, esta tomó color. Negro, traído en los barcos negreros desde las costas occidentales de África, las más de las veces pobre y convertido en esclavo. No hubo que esperar mucho tiempo para que se justificara la esclavización de unos seres humanos por el hecho de ser negros. Durante generaciones, el negro y su descendencia ocuparon la posición más baja en la sociedad cubana —colonial primero y neocolonial después—, y no es posible esperar que, poco menos de medio siglo después del triunfo, la Revolución pueda rescatarlos de su situación de inferioridad. Mucho menos si la cuestión racial, debido a ciertas vicisitudes históricas, se ha convertido, posiblemente, en el tema en el que menos se ha avanzado de todos los problemas sociales que la Revolución atacó desde 1959. No confundamos el nivel de justicia social alcanzado por todos los grupos raciales que hoy componen nuestra sociedad, con la desaparición del racismo, pues este último es un asunto bien complejo, multidimensional y multicausal, que no desaparece a partir solo de alcanzar niveles de justicia social más altos. Cuba es una muestra palpable de ello.

En los años inmediatamente posteriores al triunfo de la Revolución se presentaron condiciones sociales, económicas y políticas que, prácticamente, hicieron desaparecer «el color» de las consideraciones del cubano, las que, dialécticamente, también propiciaron una visión

idealista, tanto por parte del liderazgo político, como de la mayoría de los ciudadanos —incluida la inmensa mayoría de los negros— de que era posible olvidarse del racismo.

En 1959, el jefe de la Revolución había atacado, de frente y con mucha fuerza, la discriminación racial existente, herencia inmediata de la Cuba republicana. Sin embargo, poco tiempo después, el discurso varió, la partida quedó «sellada», y en 1962 el asunto fue declarado resuelto. A partir de entonces, se produjo un largo período de silencio. En la práctica, dejó de hablarse del tema, hasta que reapareció en la segunda mitad de los 80, traído a colación por el propio liderazgo político. Las condiciones más complejas que propiciaron el silencio sobre el tema racial provienen de que las sacudidas económicas y políticas de finales de esos años y principios de los 90, generaron una visión más realista acerca de lo que verdaderamente había ocurrido con el racismo, lo cual propició un análisis más objetivo y crítico de la situación.

Haber proclamado, en 1962, que el problema de la discriminación racial y del racismo estaban resueltos fue un error de idealismo y voluntarismo. A causa de ello, el tema racial ha resultado ser el más soslayado e ignorado de nuestra realidad social. Una parte nada despreciable de nuestra intelectualidad lo ignora y ni siquiera lo considera digno de ser tratado, lo que hace que aún existan diferencias importantes entre nuestros intelectuales sobre cuál es el momento de consolidación de la nación y su cultura en el que nos encontramos. Aunque, científicamente hablando, no creo que exista la menor duda de que hablar de «raza» en Cuba —aunque esta sea una invención social— es hablar de cultura y nación.

Además, al convertir el tema en un tabú, sacándolo de todos los espacios sociales y políticos, se generó un ambiente social que impedía referirse a él; los que lo sacaban a relucir fueron reprimidos ideológica y políticamente. En el ámbito de la cultura se mantuvo cierto tratamiento del tema racial, pero desde la ciencia era imposible investigar, y sobre todo escribir. Analizarlo críticamente, en medio de la confrontación política de aquellos años, podía —según la visión política dominante entonces—, hacerle el juego a la división social entre los cubanos y ganarse el calificativo de racista o divisionista, o ambos a la vez.

No haber considerado el «color de la piel» como lo que es, una variable histórica de diferenciación social entre los cubanos, olvidaba que los puntos de partida de los negros, blancos y mestizos para hacer uso de las oportunidades que la Revolución ponía frente a ellos, no eran los mismos. Se olvidó entonces que muchos pobres eran, además, negros, lo que representa una desventaja adicional, aun dentro de la sociedad cubana actual.

Entonces, el color se hizo sentir y los negros y mestizos, tratados homogéneamente con los blancos pobres, quedaron en más desventaja. Luego se descubriría que no basta con nacer en el mismo hospital, asistir a la misma escuela y al mismo centro de recreación, si unos retornan al solar, al barrio marginal, mientras otros disponen de una casa sólida, padres con buenos salarios y condiciones de vida muy superiores, situación que no es la que caracteriza a la inmensa mayoría de los no blancos, y a los negros en particular. Los barrios son diferentes, las familias y sus niveles de vida también; y aunque niños negros y blancos tengan las mismas oportunidades, ello no quiere decir que todos por igual serán capaces de superar los puntos de partida históricos, heredados de la familia, las condiciones de vida, el barrio, etc. Lamentablemente, la política social al triunfo de la Revolución no tuvo en cuenta el color de la piel, y ello trajo consecuencias que ahora se tratan de rectificar.

Otros asuntos sirven para explorar un conjunto de problemas que afectan seriamente el equilibrio racial, en el plano social, educacional y cultural.

Conminados por la lucha contra el imperialismo, se les dio durante estos años una excesiva prioridad a los asuntos relativos a la identidad nacional, olvidándose, no pocas veces, los de la identidad cultural. En tal contexto, el racismo y la discriminación se alimentaron también de los estereotipos y prejuicios en contra de las culturas venidas de África. Lo que trajo consigo que la hegemonía de la llamada «hispanidad blanca» no haya desaparecido aún de nuestra cultura, a pesar de los esfuerzos que se hacen por rescatar los valores de la presencia africana en el seno de la cultura nacional. Aunque en esta cultura se reconoce un alto grado de integración, dentro de ella se manifiestan todavía el racismo y la hegemonía blanca. Tal situación puede tener un fuerte componente de prejuicios y estereotipos negativos sobre los valores de las culturas provenientes de África; aunque no es despreciable tampoco un componente económico, al ser pobres prácticamente todos los países africanos.

Por otra parte, en Cuba se generó, lamentablemente, un ambiente ideopolítico dentro del cual asumirse racialmente aún es mal visto. Ello afectó la dinámica de las identidades, que deben actuar en sistema, y que apreciadas individualmente son tan importantes para combatir disfuncionalidades sociales, como lo es el racismo. Solo si se es, en primer lugar, uno mismo, se está en posibilidad de ser parte de cualquier otra cosa. Las conciencias individuales no pueden ser diluidas dentro de la conciencia nacional; forman un sistema en que el todo no funciona sin las partes. Pero ello lleva implícito un fuerte respeto hacia la diversidad, de lo cual ha estado carente la sociedad cubana. La diversidad es lo objetivo, aquello con lo que tropezamos todos

los días. La unidad es un proyecto irrealizable si no se construye en el contexto de la diversidad, un aspecto vital para lograr desterrar al racismo de nuestra realidad social y cultural.

Los negros y mestizos en Cuba, salvo muy raras excepciones, no tienen árbol genealógico, no pueden encontrar sus apellidos en África ni en España. En particular, la identidad del negro ha sido siempre muy agredida, ha tenido que abrirse paso por un camino minado por la discriminación racial y el no reconocimiento de sus valores. Incluso cuando el negro haya tenido un nivel económico similar al del blanco, eso no lo ha salvado de ser racialmente discriminado. Lo cual evidencia que no se trata, simplemente, de una cuestión económica.

El blanco, con cierta ayuda, sale de la pobreza y su color le facilita salir de la condición de ser discriminado por pobre. Sin embargo, el otro lleva encima el color de su piel; por esta causa, aunque saliera de la pobreza podría seguir siendo excluido. ¿Cuál sería el mimetismo que le permitiría al negro dejar de ser discriminado; bajo qué color se sumergiría? Por eso sacarlo de la pobreza es difícil, pero lograr las condiciones para que no sea discriminado, es aún más difícil de lograr. Tales condiciones no son solo económicas, van mucho más allá.

Un asunto que refuerza los problemas de la identidad del negro es que tiende a no tener historia reconocida. No se ha logrado superar una versión de nuestra historia escrita, en la cual el negro y el mestizo apenas aparecen, sobre todo el primero. Con muy pocas excepciones, de trabajos independientes, carecemos casi por completo de una historia social de negros y mestizos en Cuba, comparable, sobre todo, con la que existe de la población blanca. Tal situación afecta a toda la sociedad cubana, que no logra una visión integral, real, de su proceso histórico y, por tanto, no pocas veces vejeta dentro de una imagen distorsionada del verdadero papel que le ha correspondido a cada grupo racial dentro de la formación de la cultura y la nación.

Se ha generado una distribución del poder en la actual sociedad cubana actual, que no supera todo lo que debiera a la previa a 1959; dentro de esta todavía se expresa con fuerza la hegemonía blanca, especialmente en el nivel de la denominada «nueva economía». Ello se pone de manifiesto con nitidez en la ausencia, sobre todo de negros, en la estructura de cuadros estatales, gubernamentales y de instituciones de la sociedad civil en general, no así en la estructura partidaria. Un ejemplo reciente es que entre los catorce presidentes del Poder Popular a nivel provincial, no hay un solo negro. Todo lo anterior contradice la política de cuadros promulgada por el Partido en 1985, que está lejos de cumplirse en términos de representación racial. Por supuesto, el asunto es mucho más complejo

que el hecho de que haya o no negros y mestizos en todas las posiciones, pero sin dudas lo que ocurre afecta seriamente la participación de los no blancos en las estructuras de poder.

Los problemas relativos al «blanqueamiento» continúan presentes dentro de nuestra realidad social. De lo contrario, cómo explicar que tantas personas que no son blancas, se resistan a asumirse como tales. Ello distorsiona las cifras de los censos y sitúa el problema racial en un plano de engaño e hipocresía, que hace absurdo pensar que el mestizaje sea una solución, cuando son las conciencias lo que hay que mezclar, y crear una conciencia de la que desaparezca el color para, como dice Nicolás Guillen, llevarnos al «color cubano». Tal actitud ante su pigmentación es expresión de que muchas personas negras o mestizas no encuentran ventajoso asumirse como tales.

Otros aspectos tocan de lleno asuntos que forman parte de la reproducción ideológica de la sociedad cubana actual, la que también en tales ámbitos se resiente del desequilibrio en la representación racial. Un ejemplo clave lo tenemos en la televisión nacional. En ella se observa una gran escasez de presentadores negros y mestizos. Obsérvese en la composición racial de nuestros canales educativos la ausencia casi total de negros o mestizos en posiciones protagónicas. Existe el «reto de los paradigmas», lo que obliga a una representación equilibrada, sobre todo en la televisión, que tanta influencia tiene en la obtención de «modelos» que imitar y exige que la totalidad de los grupos raciales se vean representados.

El tema racial no se aborda en la escuela. Esto tiende a generar una profunda y peligrosa dicotomía entre educación escolar y realidad social. No preparamos a nuestros jóvenes para enfrentar lo que después encuentran en la calle. Lo que no entra por la escuela no pasa a la cultura y esa es una falla importante de nuestra educación respecto a un tema de vital importancia. Nuestros planes y programas de estudio evidencian todavía la presencia de un occidentalismo a ultranza, en ellos, las culturas africana y asiática están prácticamente ausentes. Debido a esto, los estudiantes no reciben una educación que los asuma integral y equilibradamente como miembros de una sociedad uniétnica y multirracial, por lo que salen de las aulas sin que podamos asegurar que conocen las raíces de la cultura cubana, y mucho menos, la verdadera historia de la nación. En la mayor parte de los casos, tienen una visión maniquea y estereotipada de los asuntos más importantes de esa historia. Ni qué decir que pudieran saber quién fue Aponte, cuál es la historia de la llamada Guerrita del 12, ni del Partido Independiente de Color.

Como dije antes, en el trabajo científico cubano apenas se ha comenzado a enfocar el asunto racial. Casi toda la producción intelectual más importante sobre el

tema, desde la perspectiva de las ciencias sociales y humanísticas, en estos casi cincuenta años de proceso revolucionario, no se ha producido en Cuba.⁶ Esa es una debilidad, ya que casi hemos regalado un punto vital de nuestra realidad, con los consiguientes peligros que ello encierra para nuestro desarrollo científico y cultural y para la lucha política e ideológica en defensa de nuestro proyecto social. Hoy, respecto al tema, tenemos varios desafíos en Cuba sobre los cuales debemos trabajar fuertemente.

Comprender a fondo el contexto de este problema —que produce tanta preocupación y prejuicios—, por tanto tiempo desconocido, soslayado, olvidado, desatendido e incluso reprimido, ha generado una situación muy compleja para su consideración dentro de las políticas públicas. Ni siquiera existe, por parte de todas las instituciones, organizaciones sociales y políticas, o cuadros de la institucionalidad estatal, una comprensión cabal del caso; en ocasiones, ni siquiera la aceptación de que existe; más bien aparece la resistencia. De ahí que resulte aún prácticamente imposible predecir las reacciones que pudiera generar su abierto tratamiento. En relación con esto pueden observarse actitudes que van desde su abordaje cínico, pasando por el temor y la ignorancia, hasta la negación más ramplona de su existencia.

El hecho de no considerar una temática de suma importancia en nuestra realidad continuaría generando incompreensión, ignorancia y malestar social en los que sufren el mal, ya sea directamente o por haber adquirido una ética antidiscriminatoria. Se trataría de un nivel de hipocresía social que terminaría por convertir el problema racial en un mal endémico, del cual la sociedad cubana no podría recuperarse, con consecuencias para la convivencia social, la nación y la cultura cubana. Se trata de un asunto que no debemos dejar a las generaciones futuras. ¿De qué cultura general integral podríamos hablar, en una sociedad que conservara los estereotipos raciales negativos, la discriminación por el color de la piel y el racismo? La sociedad debe generar una estrategia integral para luchar contra los estereotipos raciales negativos, la discriminación y el racismo en la Cuba de hoy. Esa estrategia partiría de varios presupuestos, que resumo a continuación.

Se trata de un problema que las estadísticas sociales y económicas cubanas no pueden continuar ignorando, dejando el color de la piel a un lado y tratando los fenómenos sociales solo sobre la base de una clasificación de la población según el sexo y la edad. Cuba no es Suecia, ni Holanda. El color de la piel ha sido históricamente —y continúa siendo— un factor de diferenciación social de la población cubana. Raza o color de la piel, clase y género, se dan la mano en la historia del país. El color de la piel, las diferencias sociales, la pobreza, el desequilibrio en la distribución del poder, la discriminación, la ausencia de empoderamiento, los

estereotipos raciales negativos y el racismo, han marchado siempre juntos en la historia de la Isla, y ello no ha sido superado aún. ¿De qué país estamos hablando cuando no consideramos el color como un atributo fundamental de nuestra población? ¿A qué nación nos referimos, si no tenemos una comprensión a fondo de las características etnoraciales del pueblo que la compone? ¿De qué democracia podemos hablar, si una parte de nuestra población continúa siendo discriminada por su piel?

Este es un problema de toda la sociedad, no únicamente de negros, blancos y mestizos; o sea, un asunto que resolver por todos. Por ello, en primer lugar, para desplegar una efectiva estrategia de trabajo hay que hacer conciencia de que el problema existe, comprender a fondo el lugar que la historia reservó a cada grupo racial; entender que hay racismo tanto de parte de los blancos como de los negros; un racismo que insiste en dar a cada cual «el lugar que le corresponde» a partir de una estructura de clases y poder que les permitió a unos discriminar a otros; comprender que la reacción ante esas diferencias no puede ser la de tratar de mantener una dinámica social asentada en el prejuicio, el estereotipo, la discriminación mutua y la deuda, sino en la comprensión histórica y la actitud de no hacer concesiones a esos males y mezclar conciencias en función de extirparlos de nuestra cultura y del modo de vivir de los cubanos.

Solo un tratamiento abierto del tema puede terminar con la ignorancia, el cinismo y la hipocresía que aún subyacen cuando del problema racial se habla. Ese tratamiento puede también contribuir a generar un ambiente en el que no sea posible refugiarse, en espacio social alguno, para ejercer la discriminación racial. Si bien es cierto que el tema lleva implícito un fuerte componente de división social, no ignorarlo es la única forma de luchar por una verdadera cultura nacional integrada, sólida, en cuyo seno se superen todos los hegemonismos que generó la cultura racista heredada del colonialismo y el capitalismo, lo que se lograría a partir de que cada grupo racial ocupe su lugar dentro de la sociedad cubana actual.

No se debe aceptar más, como forma de convivencia social armónica, el hecho de soslayar el tema racial, pues se trata de una armonía falsa, plagada de hipocresía y proclive a hacerles concesiones al racismo y la discriminación, así como de un contexto en el cual siempre podrían refugiarse los que mantienen los prejuicios y discriminan a su antojo.

Tampoco hay que aceptar que atacar el racismo y la discriminación debilita a la sociedad cubana, sino todo lo contrario: es precisamente no combatir ese mal lo que la divide, debilita su cultura, afecta la identidad nacional y pone en serio riesgo el proyecto social de la Revolución, que no puede ser otro que el de la unidad

forjada dentro de la diversidad. El tema debe retornar con fuerzas al discurso público, ser divulgado, y ocupar un espacio en la agenda de las organizaciones políticas y de masas, de manera que se convierta en lo que debe ser y de facto es: una parte sustancial de la hoy proclamada batalla de ideas.

Notas

1. Vale la pena mencionar los libros de Tomás Fernández Robaina y Sandra Morales, encomiables esfuerzos por tratar de situar el tema dentro del contexto de la realidad cubana actual. Véase también la revista *Catauro*, n. 6, La Habana, julio-diciembre de 2002, pp. 52-93; Juan Antonio Alvarado Ramos, «Relaciones raciales en Cuba. Nota de investigación»; María Magdalena Pérez Álvarez, «Los prejuicios raciales: sus mecanismos de reproducción» y María del Carmen Caño Secade, «Relaciones raciales, proceso de ajuste y política social», *Temas*, n. 7, julio-septiembre de 1996, La Habana, pp. 37, 44 y 58.
2. Esteban Morales, *Desafíos de la problemática racial en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.
3. *Temas* ha publicado partes del resultado de esas investigaciones. Véase Rodrigo Espina y Pablo Rodríguez, «Raza y desigualdad en la Cuba actual», *Temas*, n. 45, La Habana, enero-marzo de 2006 y Pablo Rodríguez, «Espacios y contextos del debate racial actual en Cuba», *Temas*, n. 53, La Habana, enero-marzo de 2008. [N. del E.]
4. Centro de Antropología del CITMA, Pablo Rodríguez, Ana Julia García y Lázara Carrazana, «Relaciones raciales en la esfera laboral», inédito, La Habana, 1999; Rodrigo Espina, Estrella González y María Magdalena Pérez Álvarez, «Relaciones raciales y etnicidad en la sociedad cubana contemporánea», inédito, La Habana, 2003; Ana Julia García, Estrella González Noriega y Hernán Tirado Toirac, «Composición racial en la estructura de cuadros», inédito, La Habana, 2003.
5. El racismo institucional en Cuba no existe, es decir, no está instalado en el sistema político-social ni en las instituciones, como sí lo estuvo antes de 1959. El proceso revolucionario, con su ética antidiscriminatoria, lo desplazó hacia lo que ahora son sus nichos principales: la familia, la conciencia individual de muchas personas, la llamada «economía emergente» y algunos colectivos excluyentes, porque contra el racismo no se libró la batalla definitiva que actualmente se reclama. Esta deficiencia propició su ocultamiento, para resurgir ahora, cuando los contactos con la economía de mercado, la reemergencia de las desigualdades y todo el deterioro económico y social consecuencia de la crisis de los 90, lo hacen presente.
6. Véase Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*, Princeton University Press, Princeton, 1985 (publicada en Cuba por Editorial Caminos, La Habana, 2001); Alejandro de la Fuente, *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, Colibrí, Madrid, 2000; Carlos Moore, *Castro, the Blacks, and Africa*, Center for Afro-American Studies, University of California Press, Los Angeles, 1989; Robin Moore, *Música y mestizaje. Revolución artística y cambio social en La Habana, 1920-1940*, Colibrí, Madrid, 1997.